

# El camino del campo <sup>1</sup>

.....  
**Martin Heidegger**

Traducción de Olegario González  
 de Cardedal  
 .....

Parte desde el portón del jardín real hacia Ehnried. Los viejos tilos del jardín del palacio lo miran por encima de los muros, lo mismo cuando en tiempo de Pascua brilla claro entre los sembrados que crecen y las praderas que se despiertan, que cuando por Navidades desaparece entre los remolinos de nieve detrás de la colina más cercana. Al llegar a la cruz de los caminos, dobla en dirección al bosque. Al pasar por la linde saluda a una encina erguida, bajo cuya copa hay un banco, totalmente labrado.

De vez en cuando reposaban sobre él uno u otro escrito de los grandes pensadores, que la inexperiencia de un joven intentaba descifrar. Si unos sobre otros se amontonaban los enigmas y no se encontraba ninguna salida, entonces el camino del campo ayudaba. Porque él dirige el paso en una senda dócil, sereno a través de la anchura de esta tierra enjuta.

Una y otra vez, de cuando en cuando, vuelve el pensar a los mismos escritos o por los propios intentos a lo largo del sendero que el camino rural lleva a través de la campiña. Este camino permanece tan cercano al paso del pensador como al paso del campesino, que al amanecer sale a segar sus prados. Más frecuentemente con los años, la encina al borde del camino nos lleva a recordar el juego temprano o una primera elección. Si de tiempo en tiempo, en medio del bosque, una encina caía talada bajo los golpes del hacha, el padre buscaba a toda prisa, cruzando por entre el matorral y a través de los soleados claros del bosque, la suerte de madera que le había sido asignada para llevársela a su taller. Aquí trabajaba él sosegadamente en las pausas de su oficio, al oír la hora del reloj o las campanas, cada una de las cuales mantiene su propia



relación al tiempo y a la temporalidad.

De la corteza de la encina tallaban los niños sus barcos que, equipados con su banco de remos y su timón, flotaban en el Mettenbach o en la fuente de la escuela. Los viajes por el mundo de los juegos llegaban todavía fácilmente a su meta y regresaban de nuevo a sus orillas. Lo ensoñado de tales viajes permanecía oculto en un brillo, entonces apenas todavía visible, que reposaba sobre todas las cosas. Su reino se extendía hasta donde llegaban el ojo y la mano de la madre. Era como si un cuidado nunca pronunciado protegiera a todos los seres. Aquellos viajes del juego no sabían todavía nada de éxodos, en los cuales las riberas de las que se partía eran abandonadas para siempre. Entretanto la dureza y el olor de la madera de encina comenzaron a hablar sensiblemente de la lentitud y constancia con las que el árbol crece. La encina misma habló de que todo lo que perdura y fructifica está fundado solamente en tal crecimiento; que crecer quiere decir: abrirse a la inmensidad del cielo y a la vez arraigar en la oscuridad de la tierra; que todo lo florecido sólo flore-

ce si el hombre está igualmente disponible, tanto a la llamada del cielo altísimo como, al mismo tiempo, acogido bajo la protección de la tierra que lo porta y sostiene.

Todavía se lo sigue diciendo la encina al camino del campo, que pasa a su lado seguro de su sendero. El camino recoge todo lo que tiene su ser en torno a él, y va entregando a cada uno que pasa por él lo que le pertenece. Los mismos sembrados y laderas del prado acompañan el camino del campo en cada época del año con una cercanía siempre distinta. Si las cumbres de los Alpes se hundían sobre los bosques difuminándose en el ocaso de la tarde; si allí, donde el camino del campo se eleva con las ondulaciones de una loma, la calandria se levanta en la mañana veraniega; o si la brisa del Este llega hasta nosotros desde la comarca donde está la aldea de la madre; o si un leñador durante la noche se lleva a escondidas su haz de desbrozo; si un carro trae la cosecha hasta casa por los carriles del camino del campo; si los niños cogen los primeros ramilletes de flores en la orilla de los prados; si la niebla a lo largo del día introduce su oscuridad y pesadumbre

sobre los sembrados, siempre y desde todas las partes permanece en torno al camino la misma proclamación (Zuspruch):

«Lo Simple (das Einfache)<sup>2</sup> guarda el secreto de lo que permanece y de lo Grande. Cuando menos se lo espera vuelve, introduciéndose en los hombres y necesita sin embargo un largo crecimiento. Esconde su bendición en la inapariencia de lo que permanece siempre idéntico a sí mismo. La anchura de todas las cosas que han crecido, y permanecen en torno al camino, crean el mundo. En lo no hablado de su habla, como dice el viejo maestro de lectura y de vida Eckehart, Dios llega a ser verdaderamente Dios (Im Ungesprochenen ihrer Sprache ist Gott erst Gott).»

Pero esa palabra que el camino del campo nos dirige sólo habla mientras haya hombres que, nacidos en su aire, la puedan oír. Ellos son servidores de su origen pero no siervos de maquinaciones. En vano intenta el hombre poner el orbe de la tierra en orden por medio de sus planes, si él no está coordinado a la palabra que le dirige el camino del campo. Existe el peligro de que los hodiernos permanezcan duros de oído para su lenguaje. Sólo roza su oído el ruido de los aparatos, que ellos toman casi por la palabra de Dios. Así el hombre se queda disperso y descaminado. A los distraídos lo Simple les parece monótono. Lo monótono crea aburrimiento. Los así desazonados sólo encuentran siempre lo mismo. Lo Simple se les ha escapado. Su potencia silenciosa está agotada.

Es verdad que disminuye rápidamente el número de quienes todavía conocen lo Sencillo como algo propio que ellos han conquistado. Pero estos pocos serán en todas partes los que permanecerán (die Bleibenden). Estos, a partir del suave poder del camino del campo, pueden sobrevivir a la gigantesca potencia de la energía atómica, que el cálculo humano se ha apropiado para convertirlo en freno de su propia obra.

La palabra que dirige el camino del campo suscita un sentido que ama el espacio libre y, en el lugar oportuno, salta incluso sobre la tribulación hasta alcanzar la última serenidad. Esta se defiende contra la sensatez que no conoce nada más que el trabajo hasta el extremo de que, buscado por el mismo, sólo produce el vacío (das Nichtige).

En el aire del camino del campo, que va cambiando a lo largo del año, crece la alegría que sabe de verdad y cuyo gesto con frecuencia aparece melancólico. Este saber alegre es «lo útil para nada y necesario para todo».<sup>3</sup> Quien no lo tiene, ése no lo alcanza. Los que lo tienen, lo tienen recibido del camino del campo. Andando por su sendero, se encuentran la tormenta de invierno y el día de la cosecha; se cruzan lo conmovedor y despertante de la primavera con el desasido morir del otoño; se miran cara a cara el juego de la juventud y la sabiduría de la vejez. Sin embargo, todo queda gozosamente serenado en una única consonancia, cuyo eco esparce con su silencio el camino del campo en todas las direcciones.

La alegría consciente es un portón que abre a lo Eterno. Su puerta gira en torno a los goznes que han sido fraguados en el yunque de un herrero experimentado, partiendo de los enigmas de la existencia.

El camino del campo retorna desde Ehnried hasta la puerta del jardín real. Pasando por encima de la última colina su estrecha cinta, conduce a través de una hondonada lisa hasta los muros de la ciudad. El brillo de las estrellas alumbró pálido. Detrás del castillo se alza la torre de la iglesia de San Martín. Lentamente, como rezagándose, se van perdiendo a lo lejos las once campanadas en la noche. La campana mayor, en cuyas cuerdas las manos de los monaguillos muchas veces se han calentado hasta arder, tiembla bajo los golpes del martillo que da las horas y cuyo gesto, entre ceñudo y cómico, nadie olvida.

Con el último golpe el silencio cada vez más profundo y el sosiego más sosegado se extiende hasta aquellos que fueron sacrificados ante el altar del tiempo en las dos guerras mundiales. Lo Sencillo se ha hecho todavía más sencillo y lo Simple más simplificado. Lo que es siempre idéntico sorprende y libera. La palabra que nos dirige el camino del campo es ahora totalmente clara. ¿Es el agua la que habla? ¿Es el mundo? ¿Es Dios?

Todo dice la renuncia que conduce hacia lo mismo. La renuncia no quita, sino que da. La renuncia da la potencia inagotable de lo sencillo. La palabra del camino nos otorga patria al implantarnos en un originario Origen.



#### Notas

1. *Der Feldweg*: usamos a lo largo del texto varias traducciones: camino del campo, camino hacia el campo, camino de la aldea, camino rural.

2. «*Einfache*»: es lo plegado hacia adentro, concentrado mínimo, lo simple, sencillo, pero que puede desplegarse hasta el máximo. Sólo el Máximo puede concentrarse en lo mínimo, sin degradarse; es lo propio suyo a diferencia de todo lo demás, donde reducirse es perderse.

3. El término usado por Heidegger es: «*Kuinzige*», abreviatura popular de «*Keinnutzig*» = no útil o provechoso para nada. Pasa de significar lo inútil, a significar lo libre, sereno, la distancia en ironía, la sabiduría libre, la melancolía, que sabe y no muestra. Es el término equivalente de «lo único necesario», inadquirible e irrenunciable.